

como uio que sola esta batalla le yua la vida, la qual él trocará por el contentamiento que la fortuna entonces le negaua, se esforço quanto pudo, y poniendose sobre los estriuos, dió al Alcayde vna gran lançada por ençima del adarga. El qual recebido aquel golpe, le respondió con otro en el brazo derecho, y atreuiendose en sus fuerças si a braços uiniessen, arremetió con él, y con tanta fuerça le abraçó que sacandolo de la silla, dió con él en tierra diziendo: Cauallero, date por mí uençido, si más no estimas serlo, que la vida en mis manos tienes. Matarme (respondió el Moro) está en tu mano como dizes, pero no me hará tanto mal la fortuna que pueda ser uençido, sino de quien mucho ha que me he dexado uençer, y este solo contento me queda de la prision a que mi desdicha me ha traydo. No miró el Alcayde, tanto en las palabras del moro, que por entonces le preguntasse a qué fin las dezía, mas vsando de aquella clemencia que el uençedor ualeroso suele usar con el desamparado de la fortuna, lo ayudó a leuantar, y el mismo le apretó las llagas, las quales no eran tan grandes que le estoruassen a subir en su cauallo, y assi todos juntos con la presa tomaron el camino de Alora. El Alcayde lleuaua siempre en el moro puestos los ojos, pareciendole de gentil talle y disposición, acordauase de lo que le auia uisto hazer, pareçiale demasiada tristeza la que lleuaua para un animo tan grande, y porque tambien se iuntauan a esto algunos sospiros, que dauan a entender más pena de la que se podía pensar que cupiera en hombre tan ualiente, y queriendose informar mejor de la causa desto le dixo: Cauallero, mira que el prisionero que en la prision pierde el animo, auentura el derecho de la libertad, y que en las cosas de la guerra, se an de recibir las aduersas con tan buen rostro, que se merezca por esta grandeza de animo gozar de las prosperas, y no me pareçe que estos sospiros corresponden al ualor y esfuerço que tu persona ha mostrado, ni las heridas son tan grandes, que se auentura la uida, la qual no has mostrado tener en tanto, que por la honra no dexasses de olvidalla. Pues si otra ocasion te da tristeza, dimela, que por la fe de cauallero te juro, que use contigo de tanta amistad que

jamás te puedas quejar de auermelo dixo. El moro oyendo las palabras del Alcayde, las quales arguyan un animo grande y magnanimo, y la offerta que le auia hecho de ayudallo, pareçiole discrecion muy grande no encubrielle la causa de su mal, pues sus palabras le dauan tan grande esperanza de remedio, y alçando el rostro que con el peso de la tristeza lo lleuaua inclinado, le dixo: ¿Cómo te llamas, cauallero, que tanto esfuerço me pones y sentimiento muestras tener de mi mal? Esto no te negaré yo, dixo el Alcayde, a mi me llaman Rodrigo de Naruaez, soy Alcayde de Alora y Antequera: tengo aquellas dos fuerças por el Rey de Castilla mi señor. Quando el moro le oyó esto, con un semblante algo más alegre que hasta allí, le dixo: En extremo me huelgo, que mi mala fortuna traya un descuento tan bueno, como es auerme puesto en tus manos, de cuyo esfuerço y uirtud muchos dias ha que soy informado, y aunque más cara me costasse la experiencia, no me puedo agrauiar, pues como digo, me desagruia uerme en poder de una persona tan principal. Y porque ser uençido de ti me obliga a tenerme en mucho, y que de mí no se entienda flaqueza sin tan gran ocasion que no sea en mi mano dexar de tenella, suplicote por quien eres que mandes apartar tus caualleros, para que entiendas que no el dolor de las heridas, ni la pena de uerme preso, es causa de mi tristeza. El Alcayde oyendo estas razones al moro tuuolo en mucho, y porque en extremo desseaua informarse de su sospecha, mandó a sus caualleros que fuessen algo delante, y quedando solos los dos, el moro sacando del alma un profundo suspiro, dixo desta manera: Valeroso Alcayde, si la experiencia de tu gran uirtud no me la uuiere el tiempo puesto delante los ojos, muy escusadas serian las palabras que tu uoluntad me fuerça a dezir, ni la cuenta que te pienso dar de mi uida, que cada hora es çercada de mil desassosiegos y sospechas; la menor de las quales te pareçera peor que mil muertes. Mas como de una parte me asegure lo que digo, y de la otra que eres cauallero y que o auras oydo, ó avrá passado por ti semeiante passion que la mia, quiero que sepas que a mi me llaman Abindarraez el moço, a diferencia de un tio mio, hermano de mi padre, que tiene

el mesmo apellido. Soy de los abençerrajes de Granada, en cuya desuenera aprendí a ser desdichado, y porque sepas cuál fue la suya, y de ay uengas a entender lo que se puede esperar de la mia: sabras que uuo en Granada un linaje de caualleros llamados abençerrajes; sus hechos y sus personas ansi en esfuerço para la guerra, como en prudencia para la paz, y gouerno de nuestra republica eran el espejo de aquel reyno. Los uiejos eran del consejo del Rey, los moços exercitauan sus personas en actos de caualleria siruiendo a las damas y mostrando en sí la gentileza y ualor de sus personas. Eran muy amados de la gente popular, y no mal quistos entre la principal, aunque en todas las buenas partes que un cauallero deue tener se auentajassen a todos los otros. Eran muy estimados del Rey, nunca cometieron cosa en la guerra ni el consejo, que la experiencia no correspondiesse a lo que dellos se esperaua, en tanto grado era loada su ualencia, libertad y gentileza, que se trajo por exemplo, no auer abençerraje couarde, escasso, ni de mala disposición. Eran maestros de los trajes, de las inuenciones, la cortesía y seruiçio de las damas andaua en ellos en su uerdadero punto, nunca abençerraje siruio dama de quien no fuesse fauoresçido, ni dama se tuuo por digna deste nombre que no tuuiesse abençerraje por seruidor. Pues estando ellos en esta prosperidad y honra y en la reputacion que se puede desear, uino la fortuna embidiosa del descanso y contentamiento de los hombres, a deriballos de aquel estado, en el más triste y desdichado que se puede imaginar, cuyo principio fue auer el Rey hecho cierto agrauio a dos abençerrajes, por donde les leuataron que ellos con otros diez caualleros de su linaje se auian conjurado de matar al Rey y diuidir el reyno entre sí, por uengarse de la injuria allí recibida. Esta conjuracion, ora fuesse uerdadera, o que ya fuesse falsa, fue descubierta antes que se pusiesse en execucion, y fueron presos y cortadas las cabeças a todos, antes que uiniessen a noticia del pueblo, el qual sin duda se alçara, no consintiendo en esta iusticia. Lleuandolos pues a iusticiar, era cosa estrañissima uer los llantos de los unos, las endechas de los otros, que de compassion de estos caualleros

por toda la çiudad se hazian. Todos corrian al Rey, comprauanle la misericordia con grandes summas de oro y plata, mas la seueridad fue tanta, que no dio lugar a la clemencia. Y como esto el pueblo uio, los començo a llorar de nuevo; llorauan los caualleros con quien solian acompañarse, llorauan las damas, a quien seruian; lloraua toda la çiudad la honra y autoridad que tales çiudadanos le daban. Las bozes y alaridos eran tantos que pareçian hundirse. El Rey que a todas estas lagrimas y sentimiento çerraua los oydos, mandó que se executasse la sentençia, y de todo aquel linaje no quedó hombre que no fuesse degollado aquel dia, saluo mi padre y un tio mio, los quales se halló que no auian sido en esta conjuracion. Resultó más deste miserable caso, derriballes las casas, apregonallos el Rey por traydores, confiscalles sus heredades y tierras, y que ningun abençerraje más pudiesse biuir en Granada, saluo mi padre y mi tio, con condiçion que si tuuiesen hijos, a los uarones embiassen luego en nasciendo a criar fuera de la çiudad, para que nunca boluiessen a ella; y que si fuessen henbras, que siendo de edad, las casassen fuera del reyno. Quando el Alcayde oyo el estraño cuento de Abindarraez y las palabras con que se quexaua de su desdicha, no pudo tener sus lagrimas, que con ellas no mostrasse el sentimiento que de tan desastrado caso deuia sentirse. Y boluiendose al moro, le dixo: Por cierto, Abindarraez, tú tienes grandissima ocasion de sentir la gran cayda de tu linaje, del qual yo no puedo creer que se pusiesse en hazer tan grande traycion, y quando otra prouea no tuuiesse, sino proçeder della un hombre tan señalado como tú, bastaria para yo creer que no podría caber en ellos maldad. Esta opinion que tienes de mí, respondió el moro, Alá te la pague, y él es testigo que la que generalmente se tiene de la bondad de mis passados, es essa misma. Pues como yo nasciesse al mundo con la misma uentura de los mios, me embiaron (por no quebrar el edicto del Rey) a criar a una fortaleza que fue de christianos, llamada Cartama, encomendandome al Alcayde della, con quien mi padre tenía antigua amistad, hombre de gran calidad en el reyno, y de grandissima uerdad y riqueza: y la mayor que

tenía era una hija, la qual es el mayor bien que yo en esta uida tengo. Y Alá me la quite si yo en algun tiempo tuuiere sin ella otra cosa que me dé contento. Con esta me crié desde niño, porque tambien ella lo era, debaxo de un engaño, el qual era pensar que eramos ambos hermanos, porque como tales nos tratauamos y por tales nos teniamos, y su padre como a sus hijos nos criaua. El amor que yo tenía a la hermosa Xarifa (que assi se llama esta señora que lo es de mi libertad) no sería muy grande si yo supiesse dezillo; basta auerme traydo a tiempo que mil uidas diera por gozar de su uista solo vn momento. Yua cresciendo la edad, pero mucho más crescia el amor, y tanto que ya parecía de otro metal que no de parentesco. Acuerdome que un día estando Xarifa en la huerta de los jazmines conponiendo su hermosa cabeça, mirela espantado de su gran hermosura, no sé cómo me peso de que fuesse mi hermana. Y no aguardando más, fueme a ella y con los braços abiertos, ansi como me uio, me salio a receber, y sentandome en la fuente iunto a ella, me dixo: Hermano, ¿cómo me dexaste tanto tiempo sola? Yo le respondia: Señora mia, gran rato ha que os busco: y nunca hallé quien me dixesse do estauades hasta que mi coraçon me lo dixo: mas dezidme agora, ¿qué çertedad teneyd uos de que somos hermanos? Yo no otra (dixo ella) más del grande amor que os tengo, y uer que hermanos nos llaman todos y que mi padre nos trata a los dos como a hijos. Y si no fuéramos hermanos (dixo yo) quisierades me tanto? ¿No ueys (dixo ella) que a no lo ser, no nos dexarian andar siempre juntos y solos, como nos dexan? Pues si este bien nos auian de quitar (dixe yo) más uale el que me tengo. Entonces encendiosele el hermoso rostro, y me dixo: ¿Qué pierdes tu en que seamos hermanos? Pierdo a mi y a uos (dixe yo). No te entiendo (dixo ella), mas a mí pareçeme que ser hermanos nos obliga a amarnos naturalmente. A mí (dixe yo) sola uuestra hermosura me obliga á quererlos, que esta hermandad antes me resfria algunas uezes; y con esto abaxando mis ojos de empacho de lo que dixes, uila en las aguas de la fuente tan al proprio como ella era, de suerte que a do quiera que boluia la ca-

beça, hallaua su ymagen y trasunto, y la uia uerdadera trasladada en mis entrañas. Dezia yo entonces entre mí: Si me ahogassen aora en esta fuente a do ueo a mi señora, cuánto más desculpado moriria yo que Narciso; y si ella me amasse como yo la amo, qué dichoso sería yo. Y si la fortuna permitiesse biuir siempre juntos, qué sabrosa uida sería la mia! Estas palabras dezia yo a mi mesmo, y pesárame que otro me las oyera. Y diziendo esto leuanteme, y boluiendo las manos hazia vnos jazmines, de que aquella fuente estaua rodeada, mezclandolos con arrayanes hize vna hermosa guirnalda, y poniendomela sobre mi cabeça, me bolui coronado y vencido; entonces ella puso los ojos en mí más dulçemente al pareçer, y quitandome la guirnalda la puso sobre su cabeça, pareciendo en aquel punto más hermosa que Venus, y boluiendo el rostro hazia mí, me dixo: ¿Qué te pareçe de mí, Abindarraez? Yo la dixes: Pareçeme que acabays de vencer a todo el mundo, y que os coronan por reyna y señora dél. Leuantadose me tomó de la mano, diciendome: Si esso fuera, hermano, no perderades uos nada. Yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta. De ahí algunos dias, ya que al crudo amor le pareçio que tardaua mucho en acabar de darme el desengaño de lo que pensaua que auia de ser de mí, y el tiempo queriendo descubrir la çelada, venimos a saber que el parentesco entre nosotros era ninguno, y así quedó la afiçion en su verdadero punto. Todo mi contentamiento estaua en ella: mi alma tan cortada a medida de la suya, que todo lo que en su rostro no auia, me pareçia feo, escusado y sin prouecho en el mundo. Ya a este tiempo, nuestros pasatiempos eran muy diferentes de los pasados: ya la miraba con reçelo de ser sentido: ya tenía zelo del sol que la tocaba, y aun mirandome con el mismo contento que hasta allí me auia mirado, a mí no me lo pareçia, porque la desconfianza propia es la cosa más çierta en vn coraçon enamorado. Suçedió que estando ella vn día junto a la clara fuente de los jazmines, yo llegué, y comenzando a hablar con ella no me pareçio que su habla y contenencia se conformaua con lo pasado. Rogome que cantasse, porque era vna cosa que ella muchas vezes

holgaua de oyr: y estaua yo aquella ora tan desconfiado de mí que no creí que me mandaua cantar porque holgase de oyrme, sino por entretenerme en aquello, de manera que me faltase tiempo para deçille mi mal. Yo que no estudiaua en otra cosa, sino en hazer lo que mi señora Xarifa mandaua, comenze en lengua arabiga a cantar esta cançion, en la qual la di a entender toda la crueldad que della sospeçhaua:

Si hebras de oro son vuestros cabellos,
a cuiu sombra estan los claros ojos,
dos soles cuyo çielo es vuestra frente;
faltó rubí para hazer la boca,
faltó el christal para el hermoso cuello,
faltó diamante para el blanco pecho.

Bien es el coraçon qual es el pecho,
pues flecha de metal de los cabellos,
iamas os haze que boluays el cuello,
ni que deis contento con los ojos:
pues esperad vn sí de aquella boca
de quien miró jamas con leda frente.

¿Hay más hermosa y desabrida frente
para tan duro y tan hermoso pecho?
¿Hay tan diuina y tan airada boca?
¿tan ricos y auarientos ay cabellos?
¿quién vio crueles tan serenos ojos
y tan sin mouimiento el dulce cuello?

El crudo amor me tiene el lazo al cuello,
mudada y sin color la triste frente,
muy cerca de cerrarse estan mis ojos:
el coraçon se mueue acá en el pecho,
medroso y erizado está el cabello,
y nunca oyó palabra desa boca.

O más hermosa y más perfecta boca
que yo sabré dezir: o liso cuello,
o rayos de aquel sol que no cabellos,
o christalina cara, o bella frente,
o blanco y igual y diamantino pecho,
¿quando he de uer clemencia en esos ojos?

Ya siento el nó en el boluer los ojos,
oid si afirma pues la dulce boca,
mirad si está en su ser el duro pecho,
y cómo acá y allá menea el cuello,
sentid el ceño en la hermosa frente;
pues ¿qué podre esperar de los cabellos?

Si saben dezir no el cuello y pecho,
si niega ya la frente y los cabellos,
¿los ojos qué haran y hermosa boca?

Pudieron tanto estas palabras que siendo ayudadas del amor de aquella a quien se

dezian, yo ui derramar vnas lagrimas que me enternecieron el alma, de manera que no sabre dezir si fue maior el contento de uer tan uerdadero testimonio del amor de mi señora o la pena que reçibi de la ocasion de derramallas. Y llamandome me hizo sentar junto a si, y me comenzo a hablar desta manera: Abindarraez, si el amor a que estoy obligada (despues que me satisfice de tu pensamiento) es pequeño o de manera que no pueda acauarse con la uida, yo espero que antes que dejemos solo el lugar donde estamos, mis palabras te lo den a entender. No te quiero poner culpa de lo que las desconfianzas te hazen sentir, porque sé que es tan çierta cosa tenellas que no ay en amor cosa que más lo sea. Mas para remedio de esto y de la tristeza, que yo tenía en uerme en algun tiempo apartada de tí; de oy más te puedes tener por tan Señor de mi libertad, como lo serás no queriendo rehusar el vínculo de matrimonio, 'o qual ante todas cosas impide mi honestidad y el grande amor que tengo. Yo que estas palabras oy, haçiendomelas esperar amor muy de otra manera, fue tanta mi alegria que sino fue hincar los hinojos en tierra besandole sus hermosas manos, no supe hazer otra cosa. Debajo de esta palabra viví algunos dias con maior contentamiento del que yo aora sabre dezir: quiso la ventura enuidiosa de nuestra alegre vida quitarnos este dulce y alegre contentamiento, y fue desta manera: que el Rey de Granada por mejorar en cargo al Alcayde de Cartama, embiòle a mandar que luego dexasse la fortaleza, y se fuesse en Coyn, que es aquel lugar frontero del uuestro, y me dexasse a mí en Cartama en poder del Alcayde que allí viniessse. Sabida esta tan desastrada nueua por mi señora y por mí, juzgad vos si en algun tiempo fuesses enamorado, lo que podriamos sentir. Juntamonos en un lugar secreto a llorar nuestra perdida y apartamiento. Yo la llamaua señora mia, mi bien solo, y otros diuersos nombres quel amor me mostraua. Deziale llorando: apartandose uuestra hermosura de mí, ¿tendreyd alguna uez memoria deste uuestro captiuo? Aquí las lagrimas y sospiros atajauan las palabras, y yo esforçandome para dezir más, dezia algunas razones turbadas, de que no me acuerdo: porque mi señora lleuó mi me-

moria tras sí. ¿Pues quién podrá decir lo que mi señora sentía deste apartamiento, y lo que a mí hacían sentir las lágrimas que por esta causa derramaba? Palabras me dijo ella entonces que la menor de ellas bastaba para dar en qué entender al sentimiento toda la vida. Y no te las quiero decir (uáleroso Alcayde), porque si tu pecho no ha sido tocado de amor, te parecerían imposibles; y si lo ha sido, uerías que quien las oyese, no podría quedar con la vida. Baste que el fin de ellas fue decirme que en auiendo ocasión, o por enfermedad de su padre, o ausencia, ella me embiaría a llamar para que viesse efecto lo que entre nos dos fue concertado. Con esta promesa mi corazón se asossegó algo, y besé las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron luego otro día, yo me quedé como quien camina por unas asperas y fragosas montañas, y pasando el sol, queda en muy oscuras tinieblas: comencé a sentir su ausencia asperamente, buscando todos los falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas donde se solía poner, la cámara en que dormía, el jardín donde reposaba y tenía la siesta, las aguas donde se bañaba, andaba todas sus estancias, y en todas ellas hallaba una cierta representación de mis fatigas. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos. Y aunque algunas veces de ver tanto dilatar mi deseo, me causaba más pena, y holgara de que me dexaran del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, mas la esperanza hasta que se cumple el deseo. Quiso mi buena suerte que oy por la mañana mi señora me cumplió su palabra, embiándome a llamar, con una criada suya, de quien como de sí fiaba, porque su padre era partido para Granada, llamado del Rey, para dar vuelta luego. Yo resuscitado con esta improuisa y dichosa nueva, aperçíbime luego para caminar. Y dexando venir la noche por salir más secreto y encubierto, puseme en el hábito que me encontraste el más gallardo que pude, por mejor mostrar a mi señora la uanía y alegría de mi corazón. Por cierto no creyera yo que bastaran dos caualleros juntos a tenerme campo, porque traya a mi señora conmigo, y si tú me vençiste no fue por es-

fuërço, que no fue posible, sino que mi suerte tan corta o la determinación del cielo, quiso atajarme tan supremo bien. Pues considera agora en el fin de mis palabras el bien que perdí y el mal que poseo. Yo yua de Cartama a Coyn breue jornada, aunque el deseo la alargaba mucho, el más uano abencerraje que nunca se uio, yua llamado de mi señora, a uer a mi señora, a gozar de mi señora. Veo me agora herido, captiuo y en poder de aquel que no sé lo que hará de mí: y lo que más siento es que el término y coyuntura de mi bien se acabó esta noche. Dexame pues, christiano, consolar entre mis suspiros. Dexame desahogar mi lastimado pecho, regando mis ojos con lágrimas, y no juzgues esto a flaqueza, que fuera harito mayor tener ánimo para poder sufrir (sin hazer lo que hago) en tan desastrado y riguroso trance. Al alma le llegaron al uáleroso Naruaz las palabras del moro, y no poco espanto recibió del extraño successo de sus amores. Y pareciéndole que para su negocio, ninguna cosa podía dañar más que la dilación, le dixo a Abindarraez: quiero que uéas que puede más mi uirtud que tu mala fortuna, y si me prometes de boluer a mi prisión dentro del tercer día, yo te dare libertad para que sigas tu comenzado camino, porque me pesaría atajarte tan buena empresa. El abencerraje que aquesto oyó quiso echarse a sus pies, y dixo: Alcayde de Alora, si vos hazeys esso, a mi dareys la vida, y uos aureys hecho la mayor gentileza de corazón que nunca nadie hizo: de mí tomad la seguridad que quisierdes por lo que me pedís, que yo cumplire con uos lo que assentare. Entonces Rodrigo de Naruaz llamó a sus compañeros, y dioxelos: Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo por fiador de su rescate. Ellos dixerón que ordenasse a su uoluntad de todo, que de lo que él hiziesse serían muy contentos. Luego el Alcayde tomando la mano derecha a Abencerraje, le dixo: Vos prometeyd como cauallero de uenir a mi castillo de Alora, a ser mi prisionero dentro del tercer día? El le dixo: sí prometo: pues yd con la buena uentura; y si para uuestro camino teneyd necesidad de mi persona, o de otra cosa alguna, también se hará. El moro se lo agradeçio mucho, y tomó un cauallo quel Alcayde le dió, por-

que el suyo quedó de la refriega pasada herido, y ya yua muy cansado y fatigado de la mucha sangre que con el trabajo del camino le salía. Y vuelta la rienda se fue camino de Coyn a mucha priessa. Rodrigo de Naruaz y sus compañeros se boluieron a Alora, hablando en la valentía y buenas maneras del abencerraje. No tardó mucho el moro, segun la priessa que lleuaba, en llegar a la fortaleza de Coyn, donde yendose derecho como le era mandado, la rodeó toda, hasta que halló una puerta falsa que en ella auía: y con toda su priessa y gana de entrar por ella, se detuvo un poco allí hasta reconocer todo el campo por uer si auía de qué guardarse: y ya que uio todo sossegado tocó con el cuento de la lanza a la puerta, porque aquella era la señal que le auía dado la dueña que le fue a llamar; luego ella misma le abrió, y le dixo: Señor mio, uuestra tardanza nos ha puesto en gran sobresalto, mi señora ha gran rato que os espera, apeaos y subid a donde ella está. El se apeó de su cauallo, y le puso en un lugar secreto que allí halló, y arrimando la lanza a una pared con su adarga y çimitarra, lleuándole la dueña por la mano, lo mas passo que pudieron, por no ser conocidos de la gente del castillo, se subieron por una escalera hasta el aposento de la hermosa Xarifa. Ella que auía sentido ya su uenida, con la mayor alegría del mundo lo salió a recibir, y ambos con mucho regozijo y sobresalto se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento, hasta que ya tornaron en sí. Y ella le dixo: ¿En qué os aueys detenido, señor mio, tanto que uuestra mucha tardanza me ha puesto en grande fatiga y confusión? Señora mia (dixo él) uos sabeyd bien que por mi negligencia no aurá sido, mas no siempre suceden las cosas como hombre desea, assi que si me he tardado, bien podeys creer que no ha sido más en mi mano. Ella atajándole su plática, le tomó por la mano, y metiéndole en un rico aposento se sentaron sobre una cama que en él auía, y le dixo: He querido, Abindarraez, que uéays en qué manera cumplen las captiuas de amor sus palabras, porque desde el día que uos la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitarosla. Yo os mandé uenir a este castillo para que seays mi prisionero como yo lo soy uuestra. He os traydo aquí para hazeros señor de mí y de la hacienda de mi padre, debaxo de nombre de esposo, que de otra manera ni mi estado, ni uuestra lealtad lo consentiría. Bien sé yo que esto será contra la uoluntad de mi padre, que como no tiene conocimiento de uuestro ualor tanto como yo, quisiera darme marido más rico, más yo uuestra persona y el conocimiento que tendreys con ella tengo por la mayor riqueza del mundo. Y diziendo esto baxó la cabeza, mostrando vn cierto y nueuo empacho de auerse descubierto y declarado tanto. El moro la tomó en sus brazos, y besándole muchas veces las manos, por la merced que le hazía, dixo: Señora de mi alma, en pago de tanto bien como me offereys no tengo qué daros de nuevo, porque todo soy uuestro, solo os doy esta prenda en señal, que os recibo por mi señora y esposa: y con esto podeys perder el empacho y verguença que cobrastes quando uos me recibistes a mí. Ella hizo lo mismo, y con esto se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron el fuego de sus corazones. En aquella empresa passaron muy amorosas palabras y obras que son más para contemplación que no para escriptura. Al moro estando en tan gran alegría, subitamente vino vn muy profundo pensamiento, y dexando lleuarse del, parose muy triste, tanto que la hermosa Xarifa lo sentió, y de uer tan subita nouedad, quedó muy turbada. Y estando attenta, sintióle dar vn muy profundo y aquexado suspiro, reboluiendo el cuerpo a todas partes. No pudiendo la dama sufrir tan grande offensa de su hermosura y lealtad, pareciéndole que en aquello se offendía grandemente, leuándose un poco sobre la cama, con voz alegre y sossegada, aunque algo turbada, le dixo: ¿Qué es esto, Abindarraez? parece que te has entristecido con mi alegría, y yo te oy suspirar, y dar solloços reboluiendo el corazón y cuerpo a muchas partes. Pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, cómo no me has dicho por quién suspiras, y si no lo soy, por qué me engañaste? si as hallado en mi persona alguna falta de menor gusto que imaginabas, pon los ojos en mi uoluntad que basta encubrir muchas. Si sirues otra dama dime

quien es para que yo la sirua, y si tienes otra fatiga de que yo no soy offendida, dimela, que yo morire o te sacaré della. Y trauando dél con un impetu y fuerça de amor le boluio. El entonces confuso y auergonçado de lo que auia hecho, pareciéndole que no declararse sería darle ocasion de gran sospecha, con un apasionado suspiro le dixo: Esperança mia, si yo no os quisiera más que a mí, no uuiera hecho semejante sentimiento, porque el pensar, que conmigo traya, suffriera con buen animo, quando yua por mi solo, más aora que me obliga a apartarme de uos, no tengo fuerças para sufrirlo, y porque no esteys más suspensa sin auer porqué, quiero deziros lo que passa. Y luego le conto todo su hecho, sin que la faltasse nada, y en fin de sus razones, le dixo con hartas lagrimas: De suerte, señora, que uuestro captiuo lo es tambien del Alcayde de Alora; yo no siento la pena de la prision, que uos enseñastes a mi coraçon a sufrir, mas biuir sin uos tendria por la misma muerte. Y así uereys que mis suspiros se causan más de sobra de lealtad, que de falta della. Y con esto, se tornó a poner tan pensatiuo y triste, como ante que començasse a dezirlo. Ella entonces con un semblante alegre le dixo: No os congoxeys, Abindarraez, que yo tomo a mi cargo el remedio de vuestra fatiga porque esto a mí me toca, quanto más que pues es uerdad que qualquier prisionero que aya dado la palabra de boluer a la prision cumplira con embiar el rescate que se le puede pedir, ponelde uos mismo el nombre que quisieredes, que yo tengo las llaues de todos los cofres y riquezas que mi padre tiene, y yo las pondre todas en uuestro poder, embiad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Naruaez es buen cauallero y os dió vna vez libertad, y le fiastes el presente negoçio, por lo qual le obliga aora a usar de mayor uirtud. Yo creo se contentará con esto, pues teniendos en su poder ha de hazer por fuerça lo mismo de rescataros por lo que él pidiere. El abençerraje le respondió: Bien paresçe, señora, que el amor que me teney no da lugar que me aconsejeys bien, que çierto no caere yo en tan gran yerro como éste, porque si quando me uenia a uerme solo con uos estaua obligado a cumplir mi palabra, agora

que soy uuestro se entiende más obligaçion. Yo mismo boluere a Alora y me pondre en las manos del Alcayde della, y tras hazer yo lo que deuo, haga la fortuna lo que quisiere. Pues nunca Dios quiera, dixo Xarifa, que yendo uos a ser preso, yo quede libre, pues no lo soy: yo quiero acompañaros en esta jornada; que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado a mi padre de auelle offendido, me consentiran hazer otra cosa. El moro llorando de contentamiento la abraço y le dixo: Siempre uays, alma mia, acresçentandome las merçedes, hagase lo que uos quereys, que así lo quiero yo. Con este acuerdo antes que fuesse de dia se leuaron, y proueydas algunas cosas al viaje neçessarias, partieron muy secretamente para Alora. Ya amenesçia, y por no ser conosciada, lleuaua el rostro cubierto. Con la gran priessa que lleuauan llegaron en muy breue tiempo a Alora, y yendose derechos al castillo, como a la puerta tocaron, fue luego abierta por las guardas, que ya tenían notiçia de lo pasado. El ualeroso Alcayde los reçibio con mucha cortesia, y saliendo a la puerta Abindarraez, tomando a su esposa por la mano, se fue a él y le dixo: Mira, Rodrigo, de Naruaez, si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí de boluer un preso, y te traygo dos, que uno bastaua para uençer muchos. Ves aquí mi señora: juzga si he padescido con justa causa, reçibenos por tuyos, que yo fio mi persona y su honra de tus manos. El Alcayde holgo mucho, y dixo a la dama: Señora, yo no sé de uosotros qual uençio al otro: mas yo deuo mucho a entrambos. Venid y reposareys en uuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño. Con esto se fueron a su aposento, y de ay a poco comieron, porque uenian cansados. El Alcayde preguntó al moro qué tal uenia de sus llagas. Paresçe (dixo el) que con el camino las tengo harto enconadas y con dolor. La hermosa Xarifa muy alterada desto, dixo: ¿Qué es esto, señor, llagas teney uos que yo no sepa? Dixo el: Quien escapó de las uuestras en poco tendra todas las otras. Verdad es que de la escaramuça de la noche saqué dos pequeñas heridas, y el trabajo del camino y el no auerme curado me ha hecho algun daño, pero todo es poco.

Bueno sera que os acosteys (dixo el Alcayde) y vendra un cyrujano que yo tengo aquí en el castillo y curaros ha. Luego la hermosa Xarifa le hizo desnudar, todauia alterada, pero con harto sossiego y reposo en su rostro, por no le dar pena mostrando que la tenía. El cyrujano uino, y mirandole las heridas, dixo: Que como auian sido en soslayo no eran peligrosas, ni tardarian en sanar mucho, y con çierto remedio que luego le hizo, le mitigó el dolor, y de ay a quatro dias como le curaua con tanto cuydado estuu sano. Acabando un dia de comer, el abençerraje dixo al Alcayde estas palabras: Rodrigo de Naruaez (segun eres discreto) por la manera de nuestra uenida aurás entendido lo demas, yo tengo esperança que este negoçio que aora tan dañado está se ha de remediar por tus manos. Esta es la hermosa Xarifa de quien te dixi es mi señora y esposa, no quiso quedar en Coyn de miedo de su padre, porque aunque él no sabe lo que ha passado, todauia se temio que este caso auia de ser descubierta. Su padre está aora con el Rey de Granada, y yo sé que el Rey te ama por tu esfuerço y uirtud aunque eres christiano. Suplicote alcançes dél que nos perdone auerse hecho esto sin su liçencia y sin que él lo supiesse: pues ya la fortuna lo rodeó y traxo por este camino. El Alcayde le dixo: Consolaos, señores, que yo os prometo como hijo dalgo, de hazer quanto pudiere sobre este negoçio, y con esto mandó traer papel y tinta, y determinó de escreuir una carta al Rey de Granada, que en uerdaderas y pocas palabras le dixesse el caso, la qual dezia así:

Muy poderoso Rey de Granada, el Alcayde de Alora Rodrigo de Naruaez tu seruidor besa tus reales manos, y digo que Abindarraez Abençerraje, que se crió en Cartama auiendo nascido en Granada, estando en poder del Alcayde de la dicha fortaleza, se enamoró de la hermosa Xarifa su hija. Despues tú por hazer merced al Alcayde, le passaste á Coyn. Los enamorados por assegurarse se desposaron entre sí; y llamado el Abençerraje por el ausencia del padre della que contigo tienes, fue a su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en çierta escaramuça que con él tuue en que se mostró muy valiente, esfor-

çado y animoso, le gané por mi prisionero, y contandome su caso, apiadado y conmouido de sus ruegos, le hize libre por dos dias, él fue y se vió con su esposa, de suerte que en la jornada cobró a su esposa y perdio la libertad. Pues uiendo ella que el Abençerraje boluio a mi prision, quiço uenir con él, y assi estan aora los dos en mi poder. Suplico te no te offenda el nombre de Abençerraje, pues éste y su padre fueron sin culpa de la coniueraçion contra tu Real persona hecha, y en testimonio dello bien ellos agora. A tu Alteza humildemente suplico el remedio destes tristes amantes se reparta entre ti y mí, yo perdonare su rescate dél, y libremente le soltaré, y manda tú al padre della, pues es tu vassallo, que a ella la perdone, y a él reçiba por hijo, porque en ello allende de hazerme a mí singular merçed, harás aquello que de tu uirtud y grandeza se espera.

Con esta carta despachó vno de sus escuderos. El qual llegando hasta el Rey, se la dio, él la tomó, y sabiendo cuya era, holgo mucho, porque a este solo christiano amaua por su ualor y persona, y en leyendola, boluio el rostro, y uio al Alcayde de Coyn, y tomándole a parte, le dio la carta, diciendole: lee esta carta, y él la leyo, y en uer lo que passaua, reçibio gran alteraçion. El Rey dixo: No te congoxes, aunque tengas causa; que ninguna cosa me pedira el Alcayde de Alora, que pudiendo la hazer, no la haga, y así te mando uayas sin dilaçion a Alora, y perdone a tus hijos, y los lleues luego á tu casa, que en pago deste seruiçio yo te haré siempre merçedes. El Moro lo sintio en el alma, más uiendo que no podia passar del mandado de su Rey, boluiendo de buen continente, y sacando fuerças de flaqueza, como mejor pudo, dixo que así lo haria. Partiose lo más presto que pudo el Alcayde de Coyn, y llegó a Alora, a donde ya por el escudero se sabia lo que passaua, y fue muy bien reçebido. El Abençerraje y su hija parescieron ante él con harta uerguença, y le besaron las manos, e los reçibio muy bien, y les dixo: No se trate de cosas passadas; el Rey me mandó hiziesse esto, yo os perdono el aueros casado, sin que lo supiesse yo; que en lo demás, hija, uos escogistes mejor marido que yo os lo supiera dar. Rodrigo de